

Miércoles VII del TO
Ciclo B



22 de mayo de 2024

St 4, 13-17

Sal 48

Mc 9, 38-40

P. Eduardo Suanzes, msp

Como continuación al evangelio de ayer, nos encontramos ahora con estos dos versículos en los que súbitamente han desaparecido la figura del «chiquillo» y el tema de la ambición y aparecen, en cambio, la figura individual de Juan, como portavoz del grupo de los Doce, —pues dice *«hemos visto...»*, *«hemos intentado»*—, y otro tema que se centra en un individuo desconocido que mediante el nombre de Jesús expulsaba demonios, actividad que los Doce han intentado impedir¹.

El texto no comienza como dice la liturgia: «En aquel tiempo, Juan le dijo a Jesús...». No. Resulta que Jesús les acaba de decir: *«Quien acoja a uno de estos chiquillos en atención a mí, a mí me acoge. Quien me acoge a mí, no me acoge a mí, sino al que me envió»* Y Juan contesta: *«Maestro hemos visto a uno que...»* O sea, que Juan pasa olímpicamente de lo que les acaba de decir Jesús.

Como vemos, ellos no han expresado la más mínima reacción a la lección que Jesús les acaba de dar, contraponiendo la actitud del «chiquillo», **último y servidor**, a la de ellos. Ahora, simplemente, Juan se lanza: es uno de «los hijos del Trueno»². E interviene haciéndose portavoz del grupo de los Doce para interrumpir la instrucción de Jesús, no para comentar lo anterior: introduce un tema diferente para desviar la atención. Toma la palabra y llama a Jesús «Maestro», como queriendo indicar que acepta su enseñanza, pero lo que cuenta está muy lejos de la humildad servicial que Jesús les ha invitado a vivir. Esta es la única vez que habla Juan en los sinópticos, y encarna aquí una actitud de intolerancia y prepotencia hacia los que no están integrados en el grupo propio, es decir, hacia los extraños.

Refiere Juan una anécdota que va a poner de manifiesto su forma de pensar y la del grupo. ¡Es que no dan ni una los pobres...! Ni modo, tienen que ir aprendiendo a fuerza de golpes espirituales por parte de Jesús. Los Doce han visto a uno que «expulsaba demonios» usando o invocando el nombre de Jesús; este individuo, por tanto, reconocía a Jesús y cooperaba con su obra liberadora. Es alguien que estaba liberando en nombre de Jesús poniéndose, como Jesús, a favor del hombre y en contra de la postración provocada por la religión e ideología oficiales. Porque «expulsar demonios»³ en el evangelio significa liberar de postración, de fanatismos violentos que bloquean a la persona e impiden la convivencia humana.

Los Doce, sin embargo, han intentado impedir su actividad. La razón aducida por Juan para justificar el intento es *«porque no nos seguía a nosotros»*. Fíjense lo que está diciendo Juan:

¹ Cfr. JUAN MATEOS – FERNANDO CAMACHO. *El Evangelio de Marcos. Análisis lingüístico y comentario exegético. Vol. II.* Ed. El Almendro. Córdoba, 1993

² Cfr. Mc 3,17

³ Cfr. Mc 1,34.39; 3,22; 5,2-20; 7,24-30

Sin darse cuenta se delata, ya que no dice que han querido impedirselo porque «no te seguía» (a ti, a Jesús), sino que no les seguía a ellos, al grupo. La pretensión intolerante de Juan es profundamente egoica, pues pretende erigir a los discípulos («nosotros») como jueces y dispensadores del seguimiento de Jesús. Al identificar así a Jesús con el grupo de los Doce, excluye todo seguimiento de Jesús que no conlleve el de éstos, es decir, «o nos sigues a los Doce o no estás siguiendo a Jesús», aunque Jesús siempre ha invitado a seguirlo a él exclusivamente a él⁴; cada seguidor está vinculado a Jesús sin intermediarios. Juan, en cambio, exige de cada uno la identificación con la postura de los Doce; éstos no toleran que ejerzan la misión quienes no aceptan los ideales del judaísmo que ellos comparten.

Los Doce quieren que todos sigan a su grupo, el nuevo Israel que pretende la restauración de la gloria nacional; creen que sólo a través de la adhesión a ellos y a lo que representan puede realizarse la salvación que ofrece Jesús. Por eso Juan considera inadmisibles que otros se arroguen el derecho de expulsar demonios sin estar con los Doce, cuando, en realidad, ellos mismos no están siguiendo a Jesús y por eso no fueron capaces de expulsar el espíritu mudo, de unos versículos antes⁵. La reacción de Juan (y la de todos en realidad) es de intolerancia pura y dura: ni liberan ellos ni dejan liberar. En el episodio anterior Jesús había corregido, dentro del grupo, la ambición individual de ser más que los otros, intentando hacerles comprender que eran todos iguales y que ***ser primero era estar más cerca de él***. Ahora Juan sube de nivel y afirma la superioridad del grupo judaizante sobre todo el que quiera actuar en la línea de Jesús, atribuyéndole la exclusiva de la misión. ***No atiende a lo que se hace, sino a quiénes lo hacen.***

Después dice Jesús: «No se lo impidan, pues no hay nadie que actúe con fuerza, como si fuera yo mismo, que pueda maldecir de mí». ¿Qué queda claro aquí como dato objetivo? Pues que hay un hombre que está haciendo el bien, que ha emprendido una labor liberadora de ataduras («expulsar demonios») en el nombre de Jesús. Como dirá Jesús: este hombre hace lo que hago yo («actúa con fuerza como si fuera yo mismo»). Es decir, Jesús se identifica con lo único que importa, que no es ni el origen ni la pertenencia a un grupo, sino «obrar el bien», hacer fluir la vida. Todo aquel que hace fluir la vida es persona del Espíritu, es de Dios, independientemente de si es próximo o extraño, pues Dios es fluir de Vida. Y esto es lo único que importa.

Por ello añadirá la famosa sentencia: «*Quien no está contra nosotros, está a favor nuestro*», es decir que quien no está en contra de la Vida es de la Vida, y, por lo tanto, es «nuestro». Aquí Jesús no emplea el término «nuestro» en sentido restrictivo, como lo ha hecho Juan (el grupito de discípulos acreditados). Él mismo se incluye en ese «nuestro», porque, parece decir, nuestra identidad («lo nuestro») es ser de la Vida, es hacer fluir la Vida. Y, por ello, somos lo mismo que todos aquellos que hacen-hacemos fluir la Vida, sean de donde sean, seamos de donde seamos.

⁴ Cfr. Mc 1,18; 2,14.15; 8,34: «el que quiera venirse conmigo ... y entonces me siga»

⁵ Cfr. Mc.9,28